

Las deudas neuróticas y las sociales



LEONARDO PESKIN¹

DOI: 10.36496/N136-137.A10

ORCID ID: 0009-0007-1322-5769

RECIBIDO: ABRIL DE 2023 | ACEPTADO: MAYO DE 2023

RESUMEN

El escrito aborda el tema de las deudas, tanto en los pasos de constitución subjetiva como en la dinámica social. Describe la deuda como derivada del anudamiento de los tres registros propuestos por Lacan. Especialmente, en los casos en los que lo Real no logre ser resuelto por lo Simbólico y lo Imaginario pretenda hacerse cargo de resolver ese déficit. Termina ejemplificando con un comentario acerca de la tragedia que evidencia en acción lo no resuelto y la solución extrema, siempre ligada a la muerte, para que la situación logre apaciguarse.

DESCRIPTORES: DEUDA / SUPERYÓ / SENTIMIENTO DE CULPA / LO SIMBÓLICO / TRAGEDIA

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Argentina. leonardopeskin@gmail.com

SUMMARY

The paper addresses the issue of debt, both in the steps of subjective constitution and in social dynamics. It describes debt as deriving from the knotting of the three registers proposed by Lacan. Especially in cases where the Real fails to be resolved by the Symbolic and the Imaginary pretends to take charge of resolving this deficit. It ends with a commentary on the tragedy that shows in action the unresolved and the extreme solution, always linked to death, so that the situation can be appeased.

KEYWORDS: DEBT / SUPER-EGO / SENSE OF GUILT / THE SYMBOLIC / TRAGEDY

El hombre está poseído efectivamente por el discurso de la ley, y con él se castiga, en nombre de esa deuda simbólica que no cesa de pagar cada vez más en su neurosis.

¿Cómo puede establecerse esta captura, cómo entra el hombre en esa ley, que le es ajena, con la que, como animal, nada tiene que ver? Para explicarlo Freud construye el mito del asesinato del padre.

J. Lacan, Las psicosis

INTRODUCCIÓN

Estamos en un mundo en el que, en muchos casos, las deudas son tratadas de un modo típicamente neurótico, ya que adquieren un carácter imaginario, habiendo sido concebidas, contraídas e incluso escritas simbólicamente. Esta práctica de transformar lo simbólico en estrategias imaginarias la observamos en la economía de los países y en muchas negociaciones judiciales, públicas y privadas. Quizá no son prácticas del todo novedosas, pero se fueron sofisticando hasta transformarse en un hábito sociocultural muy difundido.

En realidad, habría que aclarar que cualquier acto humano, sea el que fuese, implica los tres registros establecidos por Lacan: imaginario, simbólico y real. No obstante, podemos estudiar cuál protagonizarán, en mayor o menor medida, tal o cual operación psíquica. Podemos decir que el déficit de solución de lo real en el anudamiento con lo simbólico y lo imaginario crea un «débito de estructura», y eso se nos presentará como síntoma, el cual es, en definitiva, un intento de solución. Podríamos aseverar que todo síntoma implica una deuda.

LAS DEUDAS

Si aceptamos que el síntoma es algo ineludible para el ser hablante, es decir, que el sujeto mismo es un síntoma, los habrá logrados, tal como se aspira a conseguir en un fin de análisis, o malogrados, como el que padece el neurótico, y que lo atormenta. La deuda como expresión sintomática muestra algo que, si bien forma parte de la estructura, debiera permanecer velado, y en tanto se asume como expresión sintomática neurótica, adquiere un valor clínico, algunos de cuyos rasgos característicos trataremos de describir.

Las deudas, las que se presentan habitualmente como atormentadoras para un sujeto, son aquellas que precisamente no terminan de poder resolverse, de una manera u otra, por un inadecuado intento de arreglar una cuestión asumida en un registro desde una operatoria fallida en otro. Por ejemplo, alguien puede haber asumido una deuda económica pautada en términos clásicamente simbólicos, tales como montos, plazos, intereses, y un buen día, en vez de cumplir con todos los requisitos pactados, tratar de saldarla con una disculpa. En ese momento se pondrá en juego si esa disculpa es un subterfugio imaginario o si alcanza un valor de resarcimiento simbólico, ya que, en ciertas condiciones, una disculpa adquiere un valor simbólico, pero en otras es una parodia narcisista, negadora de que solo se pretende simbólicamente desmentir lo pactado bajo la Ley según la cual se convino la deuda.

Los registros pueden suplirse entre sí, pero eso debe lograrse, lo cual no es ni automático ni sencillo. Cuando estas suplencias son fallidas, se produce un «dislocamiento» que caracteriza en buena medida las cualidades del Superyó, quien es el gran protagonista en este tema; más adelante

lo vamos a describir para poner en evidencia que las deudas que este cobrador universal viene a querer cobrar son lisa y llanamente impagables. Fueron «diabólicamente» diseñadas para que no puedan ser pagadas, y así atormentar al sujeto desde una instancia supuestamente elevada, como se presenta el Superyó con su apariencia de moral, y que, sin embargo, opera al servicio del goce, es decir, al servicio de otra instancia, el Ello. Un ejemplo referencial es «la libra de carne» de *El mercader de Venecia*. Esto puede acontecer o porque no haya pago que sea suficiente, es decir, que un sujeto se pase toda una vida intentando pagar algo que nunca termina de pagar, o por mecanismos maníacos, es decir, de negación y omnipotencia, al pretender que no se debe nada, cuando en realidad esa deuda existe y pesa en su inconsciente, o cae sobre el sujeto desde la realidad, ya sea por vía judicial o por cualquier tipo de exigencia de pago. Queda claro que por los mecanismos endeudantes se logra un dominio entre sujetos o sistemas, y es común que la pretensión sea que la deuda no se pague. De esta forma, se logra vehiculizar otras intenciones muchas veces francamente tanáticas, encubiertas con la administración del poder en nombre del «bien». En estos mecanismos se apoyan las mafias, los déspotas o las relaciones sadomasoquistas de parejas o familiares.

Sabemos que muchas deudas son pagadas con accidentes, enfermedades o humillaciones, pero está claro que son caminos fallidos. Tal sucede, como se describe en la neurosis, con el retorno de lo reprimido por el fracaso represivo, o como en las psicosis, en las cuales lo forcluido retorna desde lo real y lo adeudado se hace presente de muchas maneras, también retorna.

En cuanto a los pagos sacrificiales, como algunos suicidios, o los sacrificios que aparecen en las tragedias (Ifigenia, Antígona, etc.), podemos decir que, si satisfacen una ecuación simbólica, pueden resolver para el sujeto o la sociedad una deuda. Pero cuando estos sacrificios no operan a nivel simbólico, pueden ser inútiles o satisfacer un goce desenfrenado, como en los suicidios melancólicos. Diferente es el caso de algunos suicidios, como el de Sócrates o el «seppuku» de los japoneses. Luego ampliaremos el tema de la tragedia.

Así, se abre un gran capítulo acerca de las permutaciones posibles de los modos de pagar alguna deuda. Reitero que pagar una deuda asumida simbólicamente por caminos imaginarios o reales no es imposible, pero

depende de cómo se logre; es diferente un suicidio como acto logrado que un suicidio como acto fallido. Entendamos que un acto pleno que afecte la posición del sujeto en relación con lo real puede saldar deudas si eso se logra.

En esta vía entramos en las complejidades de las venganzas o las revanchas, que pueden ser martirios inútiles de víctimas y victimarios, o pueden ser el único camino de resarcimiento para cerrar crímenes o injusticias; no hay casos exactamente iguales, también en este tema hay que analizar caso por caso. Quizás esto se vincula a los hechos terroristas tan difundidos en nuestros días, que terminan demostrando ser un discurso para «reclamar deudas» por un antiguo camino, potenciado hoy por la tecnología, lo cual intensifica un decir violento. No es demasiado diferente a otros discursos tecnológicamente apalancados, tales como el del nazismo con su «solución final» y los campos de exterminio o las bombas atómicas.

No es exagerado afirmar que todas las guerras son intentos de resolver deudas derivadas de situaciones anteriores, las que resultaron impagas o no reconocidas. La guerra termina uniformizando desde lo real de la destrucción y la muerte a los deudores y acreedores, en general, preparando en lo no resuelto la próxima guerra.

Un ejemplo referencial es el análisis que realiza Freud en lo que podemos denominar como un sexto historial, que es el del presidente Wilson, donde más allá de intentar, por medio de referencias históricas, caracterizar la personalidad de Wilson, deja muy en claro cómo la supuesta conclusión de la Primera genera la nefasta Segunda Guerra Mundial.

EL SUPERYÓ COMO SEDE DE LA EXIGENCIA ENDEUDANTE

Caracterizaciones paradigmáticas del pensamiento freudiano para estos casos son el «delincuente por sentimiento de culpabilidad», aquel que delinque para ser castigado por algún crimen que no logró subjetivizar, y «los que fracasan al triunfar», aquellos sujetos que no llegan a asumir su éxito, ya que adeudan inconscientemente algo que hace ilegítimo su logro; dos aportes muy interesantes del psicoanálisis a la criminología y para la comprensión de algunos fracasos terapéuticos; en estos hechos, el Superyó tiene un rol preponderante, camino teórico que da sustento

a la tesis doctoral de Lacan sobre la paranoia con mecanismos de autopunición. Y en esta misma línea tenemos la famosa novela *Crimen y castigo*, de Dostoievsky, atormentado autor al que Freud le dedica un muy interesante artículo. Esta dinámica es una de las tantas para situar la repetición como una de las tendencias inerciales de aquello que insiste al no lograrse inscribirse.

En realidad, hay muchos puntos de vista para enfocar lo que es una deuda para los seres hablantes: en las fábulas y en la mitología, incluso los animales son capaces de asumir deudas, como aquel león que salva la vida de un joven que lo había librado en otro momento de las molestias de una astilla clavada en una pata, o aquel elefante memorioso que reconoce y protege a ese hombre que había sido amigable con él. Sin embargo, sin recurrir a esas metáforas antropomórficas, también en la etología son reconocibles conductas de ayuda mutua entre especies y podrían ser concebidas «humanamente» como deberes que se asumen como deudas, siendo estas en realidad preasumidas por mecanismos genéticos. Estas conductas van desde los microorganismos hasta las formas más desarrolladas de las especies. Estas deudas como predisposiciones genéticas hacen a la hipótesis profantasmática de Freud como núcleo del Ello en conexión directa con el Superyó. En los duelos, en particular en la melancolía, esto es evidente, y lo mismo en los tormentos obsesivos. Es en esos casos que Freud nos lleva a revisar el Superyó y la posición yoica y subjetiva frente a este amo.

También podríamos referirnos a deudas económicas o de otra índole, tales como deudas morales, pautadas y establecidas por leyes específicas. Algunas son punibles judicialmente, sus incumplimientos generan culpa y necesidad de castigo, con multas o prisión; otras son dependientes del honor, en algunas culturas, con la muerte o la mutilación, o, como acontece en ciertas organizaciones como el ejército, con la deshonra. De un modo trascendental cultural debemos mencionar el pecado original religioso como núcleo de espera del perdón de Dios por ser hablantes y pensantes. Este modo de hacernos cargo de una trasgresión originaria por desobediencia está en el núcleo de la dinámica superyoica. El enigma de «así como el padre debes ser, así como el padre no te es lícito ser» sostiene una ambigüedad que nos lleva a ser transgresivos para constituirnos y

sumisos obedientes para no excedernos. Este imperativo nunca se logra con demasiada exactitud, y quizá la solución pasa por dejar de tener la figura paterna idealizada como referente para ser. Se trataría de ir más allá del padre y sostener un ser menos atormentado por alcanzar estas idealizaciones o fracasar frente a ellas.

También se puede hablar de deudas sociales de los gobiernos hacia sus pueblos o deudas de los pueblos hacia sus prohombres. Como es de notar, el tema es vasto, pero nos vamos a referir a cómo el psicoanálisis explica la vigencia de una deuda para los seres hablantes y por qué estos la viven como un compromiso capaz de atormentarlos o de llevarlos a los actos más loables o detestables. Luego retomaremos el papel del Superyó, que es una pieza central en el armado de cualquier tormento, sea neurótico, psicótico y aun perverso. Ya que el supuesto de que el perverso goza encubre que esto es al servicio de un imperativo, oficiaría al servicio del Otro. Pero antes consideremos cómo se origina la deuda.

¿QUÉ ES UNA DEUDA PARA EL PSICOANÁLISIS?

El ser hablante es deudor por «naturaleza» ya que recibe «prestado» el lenguaje para su humanización; entiéndase que precisamente por eso lo de «naturaleza» es solo metafórico, ya que nada es natural en el sentido de lo dado espontáneamente a partir de desarrollos instintivos o genéticamente determinados, sino que todo lo humano proviene del Otro. Cuestión que allana el camino a la religión para ser asumida y buscada, porque da consistencia a ese Otro en la configuración de un Dios, cualquiera que sea, al que en todas las religiones se invoca y a quien le debemos todo, la vida, los bienes y los males.

Las religiones y las culturas afirman deudas condenatorias anteriores a nuestra llegada al mundo, como el pecado original en el mito de Adán y Eva, o compromisos adquiridos como supuestos pactos con los temibles patriarcas bíblicos que reclaman sus derechos adquiridos hace miles de años. Recordemos que la palabra en hebreo que nomina la circuncisión significa «pacto». En otra variante nos encontramos con el reclamo por el padecimiento de Cristo, que nos pesa como deuda ineludible porque todos somos culpables de tan tremenda injusticia, ya que él se hizo cargo de los pecados del mundo.

Pero en el mismo momento en el que el sujeto advierte esta cuestión de ser deudor, se le presenta la tentación de eludir la deuda, suponiendo que puede apoderarse para cualquier propósito de lo que le fue dado siempre bajo cierta Ley, la cual dicta las condiciones de uso de ese psiquismo otorgado; la tentación del pecado.

Entiéndase que uso *psiquismo* como sinónimo de *lo otorgado por el Otro*, ya que, sin esa asistencia de una alteridad -los padres y, tras ellos, el significante y la cultura que los determina-, no se constituye un ser humano viable. Podría sí surgir, prescindiendo de estos soportes, un autista, una psicosis grave o alguna de las formas que se suelen caracterizar de infrahumanas por la anomia que implican. Precisamente esos casos, así como los niños pequeños, son aquellos de los que se suele decir que no le deben nada a nadie; están habitualmente exentos de deuda ante la justicia, la religión y la sociedad. Aunque en algunos casos son los que se entregan como ofrenda sacrificial para pagar deudas a deidades ávidas de los más dolorosos pagos. Esas víctimas saldan los pecados del conjunto para hacer más doloroso el sacrificio y acentuar así el sistema que obviamente no es justo ni equitativo, sino un dispositivo piramidal de organización de goce y poder para lograr la humanización.

LA OPERATORIA DE LA REPRESIÓN COMO BASE DE LA HUMANIZACIÓN

Replanteando lo expuesto en términos psicoanalíticos, podríamos decir que la condición para la organización de un psiquismo que dé lugar a la subjetividad neurótica es la represión. Esta se conquista o se impone cuando las pulsiones renuncian a sus objetos para sustituirlos por otros, legislados. Si bien es cierto que hay una pérdida de goce incestuoso, se toman nuevos objetos, ya no pulsionales, sino deseantes, y estos provienen del significante. A partir de esta transacción, el sujeto vive la asunción de una deuda; el Otro le proveyó la sustitución de los objetos primarios pulsionales (orales, anales, mirada y voz) que, luego, bajo el ordenamiento fálico, se tornan en objetos causa de deseo; el deseo sujeto a la Ley normativiza este otro Goce, regulándolo.

Los pasos de estas complejas operaciones, que implican cierta cronología, son eminentemente *lógicos y van configurando mitos* que tipificamos

tomando dos referentes trágicos: Edipo y Narciso. Relatos que caracterizan caminos recorridos por el proceso de humanización y que terminan trágicamente, precisamente porque se rehúsan a pagar las deudas de humanización. Pero, como sabemos, estas historias tienen un propósito aleccionador: mostrar qué acontece con aquel que quiere apoderarse del mundo simbólico sin reconocer las deudas, es decir, las restricciones de uso de ese mundo, y terminan castigados, como modo de saldar dichas deudas.

La primera parte de estos mitos es el desenfreno, tal como el *infans* viviría sus primeros momentos; luego viene la asunción del límite o la aparición de la imposibilidad de existencia por lo monstruoso que implica traspasar los límites. Es decir que se termina definiendo una caracterización de los límites del uso del cuerpo y de los objetos del mundo que permite la organización gregaria del sujeto. Lo que varía de un modo extremo es cuál es la Ley que va a regir la inserción de un sujeto en cierta cultura. Pero un hecho implícito en este pasaje de ser a existir es que nadie lo puede hacer de un modo absoluto, ya que una dimensión del ser permanece como tal. Y además nos encontramos con lo que el mito de Edipo muestra en su primer tiempo, el sujeto comete sus excesos antes de saber lo que está haciendo, y se encuentra en deuda sin haberse dado cuenta de que la estaba adquiriendo. Sin llegar al parricidio y el incesto, como Edipo, el haber mamado de los pechos maternos y aun el haber habitado el cuerpo de la madre se resignifica como un goce problemático a resolver².

El Edipo tebano está dedicado a la ética del bienestar, sin saber que era un pecador. Luego se ve sucedido por Edipo en Colona, regido por otra ética, atormentadora, podríamos llamarla del malestar, de los remordimientos, ya que asume los pecados cometidos en el tiempo previo al arrancamiento de los ojos, símbolo freudiano de la castración, y ahí emerge la sabiduría que lo lleva a la verdad de haber sido un maldito al nacer; aquí el pecado de Layo cae como repetición sobre Edipo, y este termina

2 «En el pecho de la mujer coinciden el amor y el hambre. Érase un joven, dice la anécdota, gran venerador de la belleza femenina; cierta vez en que la conversación recayó sobre la bella nodriza que lo amamantara, exclamó: "¡Me pesa no haber aprovechado entonces mejor esa buena ocasión!". Suelo servirme de esa anécdota para ilustrar el aspecto de la posterioridad en el mecanismo de la psiconeurosis» (Freud, 1900 [1899]/1991a, p. 218).

haciéndose cargo, trágicamente (Lacan, 1959-1960/1988). Luego volveremos a mencionar la tragedia, en analogía con la constitución subjetiva.

Freud (1913 [1912-1913]/1991c), para hacernos comprender estos pasos lógicos de humanización, propone otro mito complementario al de Edipo. Es la hipótesis de que haya habido un momento evolutivo en la historia de la humanidad en el que los hombres, acosados por las glaciaciones, por la falta «edénica» de alimentos y confort, cambian hacia la formación de nuevas organizaciones tribales. Estas, en un principio, estarían constituidas por un padre que, al modo de los machos de las especies animales, sería el poseedor de todas las mujeres y de cierto territorio. Luego, en un mítico hipotético momento posterior, los hijos varones habrían sido expulsados y se habrían agrupado en una «alianza fraterna», dando muerte al padre gozador. Después habrían realizado un banquete en el cual se habría devorado al padre muerto, erigiendo como símbolo del mismo la figura de un tótem.

En su «retorno a Freud», Lacan realiza una relectura completa de estas propuestas y va señalizando el hecho de que Freud, al realizar esta formalización en *Tótem y tabú*, crea uno de los últimos mitos acerca del origen de la humanidad (mito demostrado como tal por los antropólogos, dado que no hay evidencia alguna de que esto haya acontecido). En este mito, lo interesante es considerar cómo se van haciendo caminos que intentan encontrar solución a una dimensión claramente definida en *Tótem y tabú*, la de un padre gozador, padre de la horda –vinculado al concepto de goce de Lacan–, y cómo ese personaje que encarna el goce determina que esta condición gozadora debe ser reducida, por eso debe ser muerto y retransformado para que adquiera un nuevo valor. Sabemos que el goce es por definición irrepresentable, pero en la descripción que nos hace Freud aparece encarnado en el padre, como un gozador según su capricho: es el dueño de todas las mujeres, de todos los bienes, de una hipotética libertad absoluta. Freud postula esta transformación como la necesidad de muerte e incorporación oral de ese padre. Así se describe que ese concentrado de goce es necesariamente reducido a partes menores y distribuido entre todos los partícipes del homicidio en el banquete totémico. Ahí devoran colectivamente al padre con el fin de lograr generar un proceso de simbolización, que es la transformación de ese impulso directo en una instancia

simbólica. Freud va a describirlo a través de mecanismos del tipo de la formación reactiva, ya sea por vía de la culpa u otros modos para lograr la renuncia al goce. Es interesante que la interrupción del goce del padre implique un homicidio como acto gozoso de la alianza de los hermanos, pero esta alianza básica es ya un esbozo de Ley, con lo cual queda demostrado que el goce sigue siendo el sustento de los mismos mecanismos que lo quieren resolver, y es ineludible en la especie humana, sea como fuere, que un sujeto se culturice.

LA ADMINISTRACIÓN DEL GOCE: DEL GOCE ÚNICO A LA PLURALIDAD DE LOS GOCES

Tenemos, por un lado, que esta solución, al «distribuir» la pulsión (el goce) entre todos, y así disminuir su intensidad y transformarla de modo que sea simbolizante, dejaría a cada sujeto con un pedacito de ese padre «metido adentro» y efectivizando la violencia del crimen. Parece una solución. Ese pedacito metido adentro sería condición necesaria y suficiente para sostener una determinada cultura. Por este pacto todos se unirían y, a través de la incorporación de este padre, pertenecerían a un mismo mundo, compartirían una estructura o la manera en que, entre todos, se harían cargo de resolver el velar por un cierto orden. Nótese que lo incorporado es un trozo de real para producir este pacto simbólico.

Este tema es retomado y vuelto a discutir por Freud (1939 [1934-1938]/1989) en su trabajo sobre Moisés, donde se refiere a lo mismo con similar desarrollo.

Veremos que, en todas estas vicisitudes, el desafío más importante es cómo resolver ese goce, ese *quantum* pulsional, ese trozo de animalidad originaria que sigue vigente, dado que no puede abolirse por completo. Sigue siempre existiendo de alguna manera.

Lacan pone a trabajar esta interrogación: ¿Cómo es que ese trozo de goce o de real nunca desaparece del todo, nunca se resuelve del todo en relación con la simbolización posible? Me tomo la licencia retórica de homologar *pulsión* y *gocce*, que no son sinónimos, aunque tengan algún parentesco.

También podemos hacer notar que la compleja negociación deja goces, usufructos y deudas, en tanto que nunca los pasos son los suficien-

temente ajustados como para que no dejen saldos impagos o excesos de utilización. ¿Cómo saber la exacta necesidad de destituir al padre? O, más precisamente, ¿cuál es la magnitud de destitución de lo que es siempre mayor que la fuerza que habría sido necesaria? Esta es la maquiavélica trampa en la que el ser hablante queda envuelto; aquello que en un momento parece imperioso y de cierta magnitud, dada por las pasiones primarias, luego siempre parece excesivo, ya que lo que la Ley pide es bastante menos que lo que el Superyó, intérprete «tramposo», coloca, como ya lo aclaramos, al servicio del Ello. Por eso Lacan, desde la perspectiva imaginaria, califica al Superyó de «figura obscena y feroz, que empuja al goce»; no es apaciguante ni buen legislador. Esta es una visión diferente a las que postulan algún grado de transformación protectora del Superyó.

Aquí se abre el interesante tema de los tiempos lógicos y cronológicos, los tiempos de la humanización y los tiempos de la constitución subjetiva. Los primeros pasos de un sujeto son dados en condiciones de desvalimiento, bajo una enorme presión de lo real pulsional y lo real de los desajustes del ámbito, que en los orígenes de la humanidad era la inclemencia del hábitat, y en la crianza del *infans*, en tiempos más confortables, son los incontables desencuentros en la relación con los padres reales y los aspectos fallidos de cualquier cultura.

Esto lleva a los niños a tomar «decisiones» tempranas antes de concebir la auténtica necesidad de realizar represiones y a vivir ciertas experiencias transgresivas, que quizá no son tales. Tal vez esto reproduce analógicamente algunos de los dilemas del hombre prehistórico y quizá se asemeja al héroe trágico griego.

Los momentos de las decisiones muestran claramente cierta secuencia que ubica los tiempos, tal como Lacan nos enseñó, de manera tal que se concluye antes de conocer. Cuando se conocen, los hechos ya fueron conclusivos; el saber nunca termina de anticiparse lo suficiente. A todo esto, debemos agregar que el niño es un experimentador en acto, no consulta las enciclopedias porque simplemente no las entendería, y además porque su investigación está motorizada por los imperativos pulsionales. En ese recorrido -que no es otro, en alguna medida, que el de cualquier hombre en su vida corriente- nunca sabe de antemano en qué se está metiendo, como cuando elige pareja, tiene un hijo o entra en un análisis, por ejemplo.

Llevado al tema que tratamos hoy -qué deudas se están contrayendo al firmar esos contratos-, no debemos olvidar que cualquier contrato tiene una serie de artículos en letra chiquita que no se suelen leer, como los niños que no leen las enciclopedias, sobre todo antes de saber leer, y además, aunque leamos la letra chiquita, cualquier decisión común, por más leguleya que sea, va a implicar riesgos imponderables a los que inexorablemente estaremos expuestos. Cuántos de ustedes habrán comprado bienes o servicios que los llevaron a pagos inesperados y situaciones laberínticas, algunas maquinadas por algún canalla, pero otras propias de los compromisos más honestos que tienen sus riesgos imprevisibles. Sin embargo, las cosas hay que hacerlas de todas maneras; luego quedan las deudas.

Es importante resaltar que toda contabilidad tiene una precondition: el reconocimiento de una falta. Tómese como falta la referida a la ausencia de algo; solamente como una analogía para alcanzar intuitivamente la idea, cito el cero en la serie de los números naturales, o un conjunto vacío en la teoría de conjuntos. Esto permite existir al sujeto y operar con las nociones, tanto de presencia y ausencia como de pérdida o ganancia. Por supuesto, esto le permite también saber si ha saldado sus cuentas.

La otra acepción de falta, que es totalmente diferente y, sin embargo, vinculable, es la falta moral. Es una falta de cumplimiento con lo pactado con el Otro en su origen como sujeto.

En las deudas se despliega una singular complementariedad entre ambas faltas; el número reclama ser tenido en cuenta como cantidad sin solución, cantidad que no se resuelve con ningún pago adecuado, y la presión moral condena emocionalmente al sujeto con los típicos modos del remordimiento de conciencia y las diferentes variantes de la culpa, que constituyen todo un capítulo en sí mismas. Por estas razones el registro simbólico tiene un protagonismo central en el tema de las deudas, pero vuelvo a resaltar que estas se deben pensar en relación con los tres registros y sus intentos o fallas en las suplencias producidas para resolver el anudamiento.

Es interesante desarrollar «la diferencia ética» que hay entre la histeria y la neurosis obsesiva. La histérica se ve sorprendida por haber gozado y tiene que resolver un goce que se le instaló de un modo en el cual ella fue netamente objeto de un abuso por parte del Otro. En cambio, al obsesivo le «gustó», lo hizo, lo llevó a cabo; lo que le hicieron un poquito, él fue y

se lo hizo al Otro, y mucho, y después trata de esconder el acto realizado. Mientras que el obsesivo intenta lavarse las manos de algo que ya hizo, en tanto lo hizo, lo esconde y lo sigue haciendo, la histérica sigue buscando cómo resolver una responsabilidad, sin lograr hacerlo a través de la famosa pregunta, la pregunta de la feminidad, la pregunta de qué fui yo en esa ocasión, para poder ubicarse como sujeto frente a ese goce. En nuestra clínica, el qué fui -o qué soy yo- para ese hombre nos resuena en todas las historias amorosas femeninas.

El llamado «Discurso de la histérica» es una demanda, es una pregunta ética hacia alguien acerca de «en qué lugar me tengo que poner para que esto se arregle», una interrogación femenina, propia de una forma ética posible para la feminidad.

En el seminario *La ética del psicoanálisis*, Lacan (1959-1960/1988) dice que Antígona va hasta el fondo en ser consecuente con el deseo, en su preocupación acerca de cómo resolver éticamente la tragedia. No todas las histéricas ni todas las mujeres son como Antígona, ni sería aconsejable que lo fueran, pero es una referencia paradigmática de una conducta femenina. Algo de esto encontramos en la histérica, que estaría siempre preguntando dónde se tiene que poner para resolver ese goce que la excede, a pesar de lo que Freud (1933/1986) cuestiona de las mujeres que subordinan la noción de justicia a la envidia.

El obsesivo estaría ubicado en una ética diferente, elucubrando cómo hacer para esconderse y que no lo responsabilicen por ese goce.

La histérica presenta el deseo insatisfecho como si dijese «Déjenme un poquito de ese goce sin resolver hasta que yo lo pueda ubicar». «Deseo insatisfecho» que debe seguir estando para dar cuenta de un poco de goce suspendido, y no cerrar la cuestión. En cambio, el obsesivo asevera que el deseo es imposible, como diciendo: «Esto no lo hice yo porque no puede ser que yo, con mi rectitud, lo haya hecho...». Si la histérica usa un discurso de demanda, el obsesivo lo hace de imposición.

Vemos que la histérica tiene un discurso propio, en tanto que el obsesivo toma prestado lo que se llama el «Discurso del amo». No es exactamente que él sea quien encarna al amo, sino que, de algún modo, configura un discurso similar, pero con un cierto padecimiento subjetivo que lo diferencia y lo ubica en la neurosis. En definitiva, su aspiración es

la de lograr la imposición aparentando el modo del Discurso del amo, siempre con alguna excusa que lo justifique para no responsabilizarse auténticamente.

Hablando de la deuda y del obsesivo, es inevitable citar al «Hombre de las Ratas» (Freud, 1909/1988), historial freudiano que gira alrededor de una deuda que este joven soldado intentaba saldar en medio de lo que Freud denomina un «delirio». Deuda que se va descifrando como transgeneracional; el padre militar dilapida el dinero del regimiento por deudas de juego, a esto se le agrega el matrimonio con la madre por conveniencia económica, marcando así un origen dudoso de los deseos en juego. Por otra parte, las ratas (*Raten*) descritas en un tormento relatado por el paciente son vinculables a las cuotas (también *Raten* en alemán) que aluden a la deuda.

Lacan (1953/1993) retoma este historial en un seminario muy temprano, y potencia la lectura del mismo jerarquizando el eje que será central a lo largo de su enseñanza: la función del padre. En definitiva, toda deuda simbólica apunta al cumplimiento de ese mandato paterno –o lo fallido del mismo–, cuestión que da lugar al controversial aforismo bíblico: «Los pecados de los padres los pagan los hijos»³; Ezequiel y Jeremías conminan a poner fin a este tratamiento de las deudas, que se transforme, dicho vulgarmente, en «El que las hace las paga». Es el mismo tema que se ve en el centro de la tragedia de Edipo: ¿Quién carga con el error? ¿Layo, y a partir de ahí una teoría del filicidio, o Edipo, de donde parte la teoría del parricidio? Probablemente todo ataque a la Ley pueda ser considerado parricidio en tanto que la función paterna es la sostenedora de la Ley, aunque se trate del asesinato de un hijo.

Quizás esto despeje algunas controversias sobre cuál es el crimen primordial (Legendre, 1994). Ya hemos aclarado que no hay ser hablante que pueda considerarse inocente de haber gozado; a partir de ahí, todos somos padres de la deuda.

3 Comentario acerca de la Biblia, en relación con la vinculación del dolor como castigo enlaza la creencia de que «los hijos pagan los pecados de sus padres». Este es el origen del proverbio: «Los padres comieron el agraz y los dientes de los hijos sufren la dentera» (Ez. 18, 2-4); el profeta Ezequiel anunciará el final de esa creencia: «No repetiréis más ese proverbio» (Ez. 18, 2-4). Y Jeremías sentenciará: «Cada uno por su culpa morirá: quienquiera que coma el agraz tendrá dentera» (Jer. 31, 29-39).

Recordemos el adagio «el crimen paga»: ahí la ambigüedad no permite dilucidar si el que paga es el criminal o alguien paga por él, podría ser la víctima, o que el crimen es redituable. Nosotros diríamos que el «paga» de esta frase deja abierta la brecha entre la universal deuda a la Ley, dado que esta es simbólica, y el acto criminal que siempre satisface lo real de la pulsión.

LA TRAGEDIA COMO PARADIGMA DEL IMPERATIVO DE RESOLVER LA DOLOROSA DEUDA PARA CERRAR UN DUELO

Dice Ignacio Lewkowicz⁴: «Si la tragedia es el arte de decidir sin saber, el discurso histórico es el saber *a posteriori* producido por la decisión, el discurso histórico es el discurso que conecta la consecuencia con la decisión».

Para comenzar a avanzar con algunas reflexiones sobre la tragedia, consideremos cómo para Freud la dramática de la experiencia de dolor da lugar al origen del deseo, lo que significa en el *infans* dar por perdido algo que de todos modos es irrealizable. De algún modo, al estar registrada la huella de dolor, el *infans* tiene un registro del que no quiere saber. Freud aclara que esa huella de la experiencia de dolor está pero se rehúye, hay algo que, aunque esté marcado, no se quiere «saber».

Aunque el protosujeto «decide» impulsivamente apostar al deseo rehuendo aceptar el dolor, tarde o temprano tendrá que asumir esa pérdida del bienestar. Si el deseo conserva el carácter alucinatorio, incestuoso, será la dura realidad la que se impondrá para hacerle saber que ese real es imposible. El paraíso del Yo de placer purificado debe darse por perdido para acceder al principio de realidad. El complejo de Edipo queda anudado al drama de esta renuncia que significa la constitución subjetiva por vía de simbolizar lo faltante, o sea, ese objeto que supuso consuelo frente al dolor. Enfatizamos que, en el duelo edípico asumido, aceptada la renuncia, se trata de elaborar una carencia a la que el sujeto se debe resignar, ya que implica aceptar la ausencia de un objeto natural dado el desarraigo instintivo. Esta carencia debe lograr volverse una ausencia simbolizada, darle

4 Comunicación personal.

un borde al vacío presimbólico. Recién cuando el sujeto deseante logra legislar la falta con límites, es que la capacidad simbólica tiene posibilidad de dar destinos no incestuosos a la pulsión.

En la tragedia, la situación primordial de abandono y carencia de recursos en la que se encuentra el protagonista, como la del *infans*, es esencial para que la alternativa que se juega sea heroica. Si no estuviera tan solo el héroe trágico, abandonado a un destino aciago, no daría cuenta del desvalimiento originario previo a la humanización que lleva a una decisión tomada en la ignorancia. En general esa soledad se produce en la medida en que el personaje se lanza a un accionar, desoyendo advertencias que no logra dimensionar. Esto queda dramatizado en el Edipo de cualquier sujeto cuando renuncia a la madre como objeto incestuoso, siendo que ya estaba perdida por las rupturas inexorables de la unidad indiscriminada vinculada al narcisismo primario. Este estado de renuncia desde la perspectiva narcisística deja al sujeto en la padeciente soledad de un enamorado que pierde al objeto amado y sin recursos para elaborar simbólicamente esta pérdida. Solamente asistido simbólicamente por el Otro puede llegar a superar ese esbozo de tragedia y, si lo resuelve, queda una marca umbilical, una cicatriz de tan doloroso daño yoico. Cuando persiste en resistirse a las conminaciones y límites, aparecen la soledad irreparable y los excesos.

El drama es ir asumiendo que las cosas no eran como se ilusionó en las fases preedípicas, cuando, en plena fusión narcisística, la madre parecía ocupar el lugar de ese objeto que daba plena satisfacción. El interjuego imaginario yoico en el apogeo de la negación cree ser el exclusivo poseedor de la madre, hasta que en el típico giro paranoico hay una vivencia de desilusión. Si el doloroso desengaño no es tolerado, acarreará efectos graves sobre la posibilidad de adecuación a la vida.

En la lógica de la tragedia aparecen fases iniciales de triunfo o satisfacción que parecen encubrir los costos que luego necesariamente sobrevendrán. La tragedia reactualiza esta dramática en términos del abuso que significa la imposición a la renuncia, especialmente cuando esta es forzada por un otro injusto que no realiza sus propias declinaciones.

Un sujeto logrado requiere de una doble castración, la del Otro como castrado en tanto no es omnipotente y la del sujeto que admite su falta en

ser para constituirse. El Otro en lo trágico es encarnado como voluntades de padres, reyes, brujos, etc. En otros casos, estos actúan como intermediarios de un Otro de mayor abstracción, siguiendo designios de dioses que son cuestionados por el héroe trágico.

Esta confrontación ha sido valorada como expresión del no sometimiento a lo arbitrario y la emergencia de un sujeto en disidencia u oposición. Sin embargo, dentro de la trama misma se hace necesario que el héroe sucumba porque en su demostración de rebeldía atenta contra las reglas que lo determinan. La otra posibilidad sería que no fuese sacrificado y hubiese un viraje o una consideración especial; entonces cambiaría el género a drama, relato épico, comedia o a otra variedad. Una de las esencias es que el castigo ejemplar se imponga sin atenuantes y adquiera una intensidad despiadada.

La tragedia suele ser una escenificación donde hay un Otro inquebrantable, por debilidad, y que no reconoce su propia castración; como la cobardía de Layo frente al oráculo, que lo lleva a querer matar a Edipo. Frente a este Otro, hay un sujeto que se rebela de un modo directo, sin atenuantes metafóricos o sublimatorios. Si la rebelión fuese sutil, desplazada o atenuada, y el Otro admitiese relatividades, también saldríamos del género.

En una línea de la valoración positiva del género, Nietzsche (1872/2003) considera esta fuerza transgresiva como expresión de la esencia vital del hombre, ligada a estos modos sublevados contra la imposición simbólico-imaginaria que intenta oprimirlo. Luego comentaremos algo más de esto.

Volviendo al psicoanálisis, vemos la ampliación del Edipo en la constitución de la *psicología de las masas* (Freud, 1921/1976b) que ya fuimos mencionando, y, reiteramos, es ahí donde según Freud se puede evidenciar cómo la organización de una sociedad humana tiene momentos trágicos que debe resolver para subsistir. Es a partir de *Tótem y tabú* que Freud (1913 [1912-1913]/1991c) crea, en el mito del origen de la cultura, la necesidad trágica del asesinato del Padre de la horda (Padre del goce) para acceder al Padre simbólico.

En ambos horizontes, el social y el individual, se requiere ir construyendo un fantasma a través de diferentes tiempos para que se logre simbolizar algo que estaba pendiente de ser resuelto. Lo no resuelto se impone como deuda que abre el camino a la repetición hasta que se logra

saldar o, por lo menos, prorrogar, como suele hacerse en lo social. El reclamo acerca de lo no resuelto produce efectos nefastos en el héroe y en lo que lo rodea (la peste en Tebas, lo podrido en Dinamarca). Las deudas impagas desencadenan la violencia como retorno de lo real en búsqueda de descarga tanática. Es un tema interesante la comparación entre Edipo y Hamlet; Edipo es un héroe en acción, pleno impulso y consecuencias; Hamlet es una invocación a la subjetividad, aun frente a una circunstancia injusta a resolver. Sería un largo tema compararlos como hace Freud, pero son interesantes como dos maneras culturales en tiempos diferentes de evidenciar conflictos comparables y sujetos distintos, que en cierto modo se unen al haber un modo trágico por vía del asesinato y la propia muerte del héroe de saldar la deuda, la propia y la de los otros.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Por los caminos que fuimos comentando, el neurótico se encuentra en deuda siempre, pero, como cualquier deudor acorralado, asume una nueva deuda, porque todo neurótico tiene un núcleo de mentira acerca de sus promesas de pago; debe, vuelve a pedir más crédito para no pagarlo. Habitualmente lo que la Ley pide es un límite a la demanda y al goce, cosa que el neurótico no logra asumir. En el momento en que el ser hablante acepta ese límite, se resuelve retroactivamente lo adeudado, pero Narciso o Edipo o los miembros de la alianza fraterna en realidad nunca estuvieron del todo dispuestos a renunciar a ser como esos padres todopoderosos que pactaron destituir. De ahí la añoranza humana que lleva a seguir creando ídolos y reyes malvados, que siguen representando lo no renunciado.

Todo neurótico inconscientemente sigue gozando, es decir, gastando a cuenta; no está auténticamente dispuesto a aceptar la castración, el límite.

En muchos países, tanto gobernantes como ciudadanos cumplen con la vocación neurótica de una u otra manera, piden más crédito sin estar dispuestos auténticamente a pagar porque quizás añoran a los padres todopoderosos y se preocupan poco por la transformación de estos en leyes más abstractas y de carácter férreamente simbólico.

Por eso al comienzo decía que se asumían deudas simbólicas para luego ofrecer engaños narcisistas como forma de pago, siempre con un

matiz de excepción. El neurótico siempre se supone un ser excepcional, lo horroriza lo estándar, no puede aceptarse como un hombre común; esa sería una figura interesante de la castración, aceptarse como uno más de los mortales, ni mejor ni peor.

Para los excedentes de narcisismo y de deseos incestuosos habría que buscar otros destinos en la creación y la sublimación. Quizá tengan algún valor en ese sentido la versatilidad subjetiva, la libertad de criterios, la sustitución del hacer por imperativos por un hacer basado en el juicio del sujeto, creando así destinos con la discreta excepcionalidad que da la singularidad, contrapuestos a aceptar mentirosamente las deudas y las fallas de la Ley cuando caen trágicamente sobre el neurótico.

Hoy en día, de todas maneras, no hay vida humana que pueda hacerse cargo de la deuda asumida por el desecho insignificante que en la actualidad se produce al tirar una bolsita de polietileno a la calle. Esto de todas maneras tiene el antecedente que, dada la condición mortal del humano, antes del polietileno también existían deudas inasumibles, pero quizá no se planteaban efectos milenarios derivados de los actos del hombre común; estos estaban reservados a los dioses o a los héroes. Siempre conviene tener en cuenta que nadie debe aspirar livianamente a la condición de dios o héroe, porque siempre alguien paga caro ese error. Desgraciadamente, en nuestra sociedad, no suele ser el causante de los orígenes de las deudas; recordemos las afirmaciones contrapuestas de los profetas Ezequiel y Jeremías. Quizás este sea el punto central de la controversia: los hijos, en lo social el pueblo; en lo individual, cualquier neurótico... ¿se tienen que hacer cargo de los errores y crímenes de los padres? ¿O los hijos son víctimas inocentes sobre los que cae la deuda?

Lo que denota este antiquísimo debate son las fisuras de la Ley, que permite este tipo de abusos; quizás en la medida en que disminuya la laxitud imaginaria de la Ley, que debiera ser férreamente simbólica, la deuda caerá en quien corresponda y habrá juicios y castigos a los auténticos culpables. Pero tengamos en cuenta que nuestro imaginario social es proclive, por razones del narcisismo, a promover líderes caudillescos autorizados a gozar para ser admirados y seguidos.

Voy a terminar evocando una sabia afirmación que formularon los Baranger y Mom, que suelo utilizar como guía.

El destino dilacerado de la humanidad, tanto en lo individual como en lo colectivo, exige la historización de los traumas en el afán de hacer retroceder lo in-nombrable siempre presente. El mito del pecado original, tan absurdo e inasimilable en una *Weltanschauung* racionalista, no hace sino poner de manifiesto esta verdad: nacemos sexuados y mortales. Nuestra historia traumática nos ayuda a pormenorizar esta condición común y a ordenar en una forma que tenga algún sentido los «pecados» cometidos por otros contra nosotros, por nosotros contra los demás. (Baranger *et al.*, 1987, pp. 745-774) ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Baranger, M., Baranger, W. y Mom, J. (1987). El trauma psíquico infantil, de nosotros a Freud: Trauma puro, retroactividad y reconstrucción. *Revista de Psicoanálisis*, 44, 4, 745-774.
- Foucault, M. (1995). *La verdad y las formas jurídicas*. Gedisa. (Trabajo original publicado en 1978).
- Freud, S. (1986). Conferencia 33: La feminidad. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 22, pp. 104-125). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1933).
- Freud, S. (1988). A propósito de un caso de neurosis obsesiva. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 10, pp. 119-252). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1909).
- Freud, S. (1989). Moisés y la religión monoteísta. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 23, pp. 1-132). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1939 [1934-1938]).
- Freud, S. (1991a). La interpretación de los sueños. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 4). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900 [1899]).
- Freud, S. (1991b). La interpretación de los sueños. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 5). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900-1901).
- Freud, S. (1991c). Tótem y tabú: Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 13). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913 [1912-1913]).
- Freud, S. (1976a). Más allá del principio de placer. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 18). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920).
- Freud, S. (1976b). Psicología de las masas y análisis del yo. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 18). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1921).
- Freud, S. y Bullitt, W. C. (1997). *El presidente Thomas Woodrow Wilson: Un estudio psicológico*. Acme-Agalma. (Trabajo original publicado en 1964).
- Lacan, J. (s. f.). *El seminario de Jacques Lacan, libro 22: R. S. I.* <https://www.lacanterafreudiana.com.ar/2.1.10.1%20CLASE%20-01%20%20S22.pdf> (Trabajo original publicado en 1974-1975).
- Lacan, J. (1983). *El seminario de Jacques Lacan, libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1954-1955).
- Lacan, J. (1984). *El seminario de Jacques Lacan, libro 3: Las psicosis*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1955-1956).

- Lacan, J. (1986). *El seminario de Jacques Lacan, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1964).
- Lacan, J. (1988). *El seminario de Jacques Lacan, libro 7: La ética del psicoanálisis*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1959-1960).
- Lacan, J. (1993). El mito individual del neurótico. En J. Lacan, *Intervenciones y textos 1*. Manantial. (Trabajo original publicado en 1953).
- Lacan, J. (2000). *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad: Posición teórica del problema de la psicosis paranoica*. Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1932).
- Lacan, J. (2006). *El seminario de Jacques Lacan, libro 10: La angustia*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1962-1963).
- Lacan, J. (2009a). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En J. Lacan, *Escritos 1* (vol. 2, pp. 99-106). Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1966).
- Lacan, J. (2009b). El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada: Un nuevo sofisma. En J. Lacan, *Escritos 1* (vol. 1, pp. 193-208). Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1966).
- Legendre, P. (1994). *El crimen del cabo Lortie: Tratado sobre el padre*. Siglo XXI.
- Nietzsche, F. (2003). *El origen de la tragedia*. Libertador. (Trabajo original publicado en 1872).
- Peskin, L. (2004). Las deudas neuróticas y la Argentina actual. *Actualidad Psicológica*, 318.
- Peskin, L. (2008a). La violencia y el psicoanálisis. En L. Glocer Fiorini (comp.), *Los laberintos de la violencia*. Lugar.
- Peskin, L. (2008b). *Los orígenes del sujeto y su lugar en la clínica psicoanalítica*. Paidós. (Trabajo original publicado en 2003).
- Peskin, L. (2015). *La realidad, el sujeto y el objeto*. Paidós.